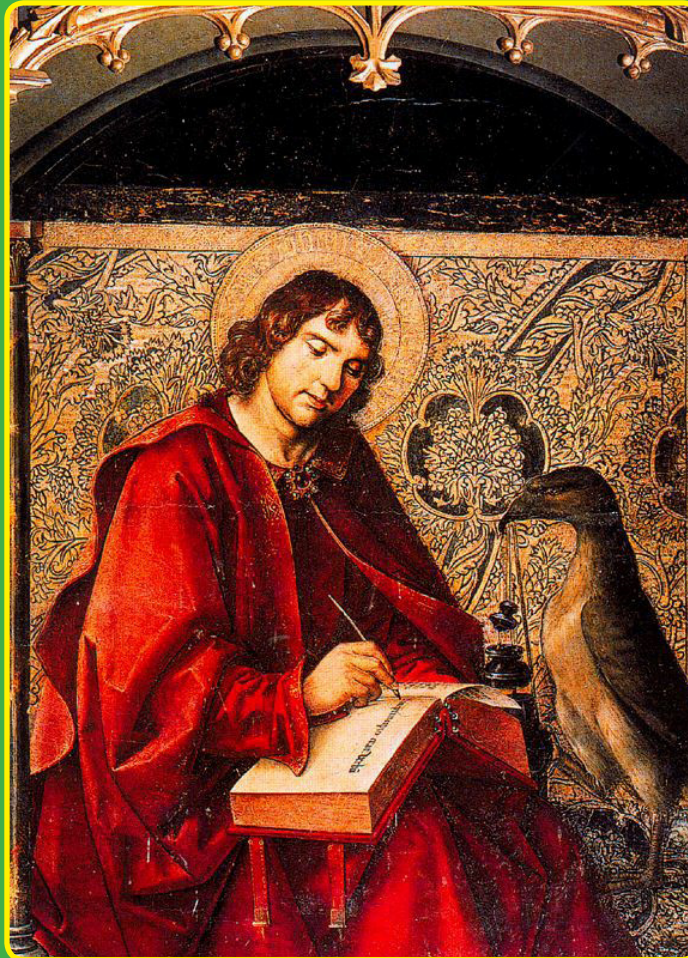


San Juan, Apóstol y Evangelista (27 de diciembre)

Así lo presenta la Escritura

Según las noticias bíblicas, Juan, hijo de Zebedeo, pescador de Betsaida (Mc 1,20), y de Salomé (una de las mujeres que estuvieron al servicio de Jesús; cf Mc 15,40; Mt 27,56), fue quizá zelota; y de discípulo del Bautista (Jn 1,39), que había señalado a Jesús como «cordero de Dios», pasó al seguimiento de Jesús con Andrés (hermano de Pedro), hasta convertirse en uno de sus discípulos preferidos. Es más: fue partícipe de los secretos más íntimos, por haber recostado su cabeza en el pecho de Jesús (de ahí el sobrenombre griego *Epistethios*, que está sobre el pecho, Jn 13,23) y haber participado en los episodios más significativos: la resurrección de la hija de Jairo, la transfiguración, la agonía del Getsemaní (Mc 5,37; 9,2; 14,33) y la crucifixión (Jn 19,26). Participó en el concilio de Jerusalén (Gál 2,9); y en la lista de los apóstoles, según He 1,13, viene inmediatamente después de Pedro; mientras que en Marcos es citado en tercer lugar, y en cuarto en Mateo y Lucas. Junto con Pedro fue a evangelizar Samaría (He 8,14); estaba asimismo con él cuando fue curado el cojo en la puerta del templo (He 3,1-3). Pablo lo nombra como «columna de la Iglesia» (Gál 2,9).

Según otras fuentes, que —como indica E. Lodi— no son todas legendarias, vivió primero en Antioquía y después en Éfeso, donde se venera su tumba; posteriormente habría ido a Roma, donde fue inmerso en aceite hirviendo, cerca de la Puerta Latina (por eso se celebra la fiesta del 6 de mayo para la dedicación de la iglesia, ya mencionada hacia el año 780); por fin habría sido deportado a Patmos, donde tuvo las visiones del Apocalipsis, y moriría en tiempo de Trajano, a finales del siglo I. Además del evangelio (que tal vez fuera redactado por alguno de sus discípulos que lo indica como «el discípulo que Jesús amaba»), se le atribuyen el Apocalipsis y las tres cartas.



De la primera carta del apóstol san Juan 1, 1—9

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo.

Este es el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado. Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, él, que es fiel y justo, nos perdonará los pecados y nos limpiará de toda injusticia.

Himno

Tú que revelaste a Juan
tus altísimos decretos
y los íntimos secretos
de hechos que sucederán,
haz que yo logre entender
cuanto Juan ha contado.
Déjame, Señor, poner
mi cabeza en tu costado.

Tú que en la cena le abriste
la puerta del corazón,

y en la transfiguración
junto a ti lo condujiste,
permíteme penetrar
en tu misterio sagrado.
Déjame, Señor, posar
mi cabeza en tu costado.

Tú que en el monte Calvario
entre tus manos dejaste
el más santo relicario:
la carne donde habitaste;
tú que le dejaste ser

el hijo bienadoptado.
Déjame, Señor, poner
mi cabeza en tu costado.

Y tú, Juan, que a tanto amor
con amor correspondiste
y la vida entera diste
por tu Dios y tu Señor,
enséñame a caminar
por donde tú has caminado.
Enseñame a colocar
la cabeza en su costado. Amén